

tonces de ocho mil carromatos. Esta masa llegó penosamente á los alrededores de París por el Gatinais.

El vacío se había hecho en la campiña. Allí donde había un castillo ó una iglesia fortificada, los habitantes se habían refugiado en ellos; los demás habían entrado en París. Los grandes arrabales de Saint-Germain, de Notre-Dame des Champs y de Saint-Marcel habían quedado desiertos. En París el hacinamiento fué tal que el carmelita Juan de Venette vió el día de Pascua, en la iglesia de su convento, á diez curas de otras tantas aldeas decir la misa, cada uno de ellos rodeado de los feligreses de su parroquia. Eduardo III pidió día de batalla y se adelantó hasta los muros. Nada se movió. Después de doce días de esperar inútilmente, los ingleses levantaron el campo en 12 de abril.

Eduardo III se retiró en la dirección de Chartres, á través de las llanuras de la Beocia, con un tiempo espantoso de borrasca y granizo; la mayor parte de sus bagajes se perdieron. Malas noticias llegaban de Escocia y de Inglaterra; acababa de pactarse un tratado de alianza entre los escoceses y el delfín. En los primeros días de marzo se había organizado una expedición marítima en las costas de Picardía y de Normandía; los picardos habían puesto en ello una gran diligencia. El desembarco había tenido lugar en la costa de Sussex, á una legua del puerto de Winchelsea; la ciudad había sido tomada y saqueada. Inglaterra se había amedrentado y el canciller había mandado publicar la leva. Los franceses se habían internado por espacio de ocho leguas, pero al acercarse un ejército inglés habían vuelto á sus buques y puesto á salvo su botín. Estas noticias debieron producir una gran impresión en el ánimo de Eduardo III. No había podido entrar en Reims ni en París; no había conquistado nada; y ahora se encaminaba hacia el Sur, sin objeto, amenazado por el hambre y las guerrillas. Por fin se decidió á tratar.

Con una constancia evangélica el abad de Cluni, legado del papa, «todos los días parlamentaba para la paz hacer.» Hacia el 20 de abril fué encargado por Eduardo III de proponer una conferencia al delfín, quien en seguida nombró sus comisarios: Juan de Dormáns, canciller de Normandía, íntimo consejero de su señor, su hermano Guillermo de Dormáns, el conde de Tancarville, el mariscal de Boucicaut, Simón de Bucí, señores, canónigos de París y de Chartres, Juan de Marés, abogado, y Juan Maillart; en junto diez y seis personas. Llegaron á Chartres el 17 de abril. Eduardo III designó el villorrio de Brétigni, á nueve kilómetros de Chartres, como sitio para las conferencias. El viernes, 1.º de mayo, los plenipotenciarios franceses encontraron allí á los delegados ingleses: el duque de Lancáster, gran partidario de la paz, los condes de Northumberland, de Warwick, de Salisbury, Gautier de Masni, el caudillo de Buch, Bartolomé de Burgersh, Juan Chandos y otros, formando un total de veintitrés personas. Las negociaciones duraron ocho días; en 7 de mayo se concertó una tregua hasta 29 de septiembre de 1361; al día siguiente se firmaba, en nombre del príncipe de Gales y del regente, el proyecto de tratado que debía someterse á la aprobación de Eduardo III y de Juan el Bueno. Era realmente la paz, puesto que Eduardo hizo en seguida sus preparativos de marcha y fué á embarcarse en Honfleur antes del 18 de mayo; su ejército, después

de haber quemado los bagajes que no podía llevarse, se dirigió hacia Calais.

El acta redactada en Brétigni era confusa, llena de repeticiones y de obscuridades. He aquí las estipulaciones esenciales contenidas en sus treinta y nueve artículos: el rey de Inglaterra poseerá, además de la Guiena, el Poitou, la Saintonge, el Agenais, el Perigord, el Limousín, el país de Cahors, Tarbes, los condados de Bigorra y de Gaure, el Angoumois, el Rouergue, con el mismo título que los poseía el rey de Francia. Igualmente se le ceden los condados de Montreuil, de Ponthieu y de Guines, el señorío de Marck, la ciudad y los alrededores de Calais. Antes del 29 de septiembre de 1361, el rey de Francia hará entrega de todos los derechos y jurisdicciones que puede tener sobre dichos territorios. Entre los dos reyes se cambiarán la renuncia del rey de Francia á los territorios cedidos por él, y la del rey de Inglaterra á todas las pretensiones relativas á la corona de Francia ó á ciertas porciones del reino. El rescate del rey Juan se fija en tres millones de escudos en oro, ó sea cerca de cuarenta millones de francos, valor intrínseco; un primer pago de 600.000 escudos deberá efectuarse dentro el término de cuatro meses en Calais; los otros pagos se harán en varios plazos y deberán garantizarse con numerosos rehenes. La sucesión de Bretaña será objeto de negociaciones particulares. Felipe de Navarra recobrará sus dominios. El rey de Inglaterra conservará las tierras que le fueron legadas por Godofredo de Harcourt en el Cotentín. Se compromete á restituir las fortalezas pertenecientes al rey de Francia que estaban en poder de los ingleses. El rey de Francia adquiere el mismo compromiso relativamente á las plazas cedidas á los ingleses y que todavía ocupaba. El rey de Francia renunciará á la alianza con los escoceses y el rey de Inglaterra á la alianza con los flamencos. El tratado se someterá á la confirmación del papa.

Algunos juzgaron este tratado desastroso y humillante; pero los más se alegraron. En París las iglesias se llenaron de fieles que iban á dar gracias á Dios. Los sacrificios consentidos eran muy duros; pero se sentían entonces menos vivamente de lo que se sentirían ahora, y además se había llegado al último extremo. Por otra parte, es cierto que en el pensamiento del delfín aquel tratado no era más que un medio de respirar y de recobrar algunas fuerzas.

Las formalidades, protocolos, juramentos y ratificaciones exigieron más de seis meses. El tratado preparatorio se había concertado en nombre del príncipe de Gales y del regente, porque un rey no podía tratar más que con un rey. Por lo mismo, las ratificaciones reales empezaron solamente cuando Eduardo III estuvo de regreso en Inglaterra. En 14 de junio Eduardo invitó á Juan á comer en la Torre de Londres; los dos príncipes aprobaron provisionalmente el tratado con muchos juramentos: «Cuiñado de Francia, dijo Eduardo, yo y tú estamos, á Dios gracias, en buen amor;» después «se abrazaron mutuamente y se besaron.» Eduardo trataba por primera vez á Juan el Bueno de rey de Francia y no de rey francés, como lo había hecho aun en el proyecto de tratado del año precedente. En 30 de junio Juan marchó de Londres, escoltado por el príncipe de Gales y seguido de seis carretas ferradas que transpor-

taban su equipaje; en 8 de julio salía de Inglaterra, tres años y dos meses después de haber desembarcado allí, y arribaba á Calais.

En las convenciones de Brétigni tres condiciones se habían estipulado para la libertad definitiva del rey: la entrega inmediata de cierto número de plazas fuertes, de las cuales la más importante era la Rochela; el pago del primer plazo del rescate fijado en 600.000 escudos viejos con la efigie de Felipe VI; finalmente, la entrega de rehenes. En estas tareas se pasó todo el verano de 1360. La resistencia de ciertas ciudades impidió su entrega inmediata á la autoridad inglesa. En la Rochela los burgueses declararon que «preferían ser impuestos cada año en la mitad de sus haberes, que estar en poder de los ingleses.» Los más notables decían: «Acataremos á los ingleses con los labios, pero no con el corazón.» La ciudad no cedió hasta diciembre. Para encontrar los 600.000 escudos se enviaron comisarios por todo el reino; tenían el encargo, no de establecer un tributo, sino de contratar empréstitos, porque era preciso adoptar los medios más rápidos. Las grandes ciudades, como París, Ruán, Reims y las senescalías del Langüedoc dieron todo lo que pudieron. A pesar de todo, el dinero se recogió lentamente, y no pudo reunirse la cantidad exigida. Es verdad que Eduardo III se contentó con los 400.000 escudos que podían entregarse. En cuanto á los rehenes, eran éstos los tres hijos del rey—el duque de Anjou, el conde de Poitiers y Felipe de Francia,—el hermano del rey, Felipe de Orleans, treinta y siete príncipes y barones y burgueses de las principales ciudades del reino. No fué cosa fácil hacer llegar todos estos personajes en la fecha señalada; el conde de Poitiers estaba en el Langüedoc en el mes de agosto. «Algunos altos barones se negaban y no querían marchar, y hacían de ello un gran peligro.»

Juan esperaba, pues, en Calais a que todo estuviera pronto, no sin pagar á Eduardo III una fuerte indemnización de residencia. Al principio de octubre, en vista de que el dinero empezaba á llegar á Saint-Omer, Eduardo fué á Calais con objeto de poner á su prisionero en libertad. Los dos reyes continuaron durante quince días las hermosas demostraciones de amor que se habían hecho en Londres. Durante los grandes festines que se ofrecieron, se reclamaron mutuamente una dádiva que atestiguará su buena armonía: el rey de Francia consiguió que el de Inglaterra hiciera las paces con el conde de Flandes, y el rey de Inglaterra que el de Francia perdonara á Carlos y á Felipe de Navarra.

Durante estas ceremonias los consejeros de los dos reyes redactaron las actas definitivas. Fué redactada toda una serie de cartas importantes, provistas de los signos de autenticidad más respetables; y se acumularon los pergaminos, pequeños y grandes, largos y anchos. Entre los documentos más solemnes hubo las cartas llamadas de renuncia: los artículos 11 y 12 de la convención de Brétigni estipulaban que los dos reyes renunciarían á todo derecho, toda jurisdicción y toda soberanía sobre los territorios que se cedían ó se reconocían recíprocamente. Estos artículos fueron eliminados, á petición de los franceses, del texto propiamente dicho del tratado; debían ser objeto de actas especiales, provistas de las formas más solemnes. Pero, como de una parte ni de otra se querían cambiar renuncias defi-

nitivas antes de que las principales cláusulas del tratado se hubiesen llevado á cumplimiento, se convino, en unos codicilos, que esas renunciaciones no tendrían valor definitivo hasta después de haberse solemnemente ratificado en Brujas un año más tarde, en 30 de noviembre de 1361. Ya se verá en qué vinieron á parar tales disposiciones.

Una vez terminados los trabajos, los soberanos se hicieron leer nuevamente las actas y pusieron sus sellos en las mismas. A todas las cartas se dió la misma fecha, la del 24 de octubre, último día en que estuvieron juntos Juan y Eduardo. Por última vez juraron mantener perpetuamente la paz. Por la noche, el rey de Inglaterra ofreció á su hermano de Francia *un moult grand souper et bien ordonné*. Al día siguiente, domingo, día 25, el rey Juan marchó de Calais llevando consigo once rehenes—entre ellos Felipe de Francia—que Eduardo III le autorizó para tenerlos en su compañía.

### III.—Vuelta del rey Juan y ejecución del tratado (1)

El rey viajó lentamente por Saint-Omer, Amiéns y Compiègne; el 11 de diciembre de 1360, más de un mes y medio después de su partida de Calais, llegó á su albergue de San Dionisio (*au gîte de Saint-Denis*). Al día siguiente recibió la visita de Carlos el Malo, quien después de haber promovido dificultades y disputas, jura ante el altar, sobre la hostia consagrada, observar el tratado de Calais y guardar fidelidad al rey, como hijo bueno y leal, súbdito y vasallo. Juan, por su parte, prometió con juramento respetar el tratado y ser buen padre y buen señor del rey de Navarra. En 13 de diciembre el rey entró por fin en París, «bajo un palio de cuatro lanzas,» aclamado por los burgueses.

Las formalidades del tratado se cumplían lentamente. Al señalar la fecha de 30 de noviembre para el cambio de las últimas ratificaciones y de las letras de renuncia en Brujas, se pensó que todo habría concluido en aquel momento. Pero se habían engañado. Desde el 24 y el 26 de octubre de 1360, Juan había mandado hacer «cartas de entrega» para los condados de Guines y de Ponthieu y el territorio alrededor de Calais; pero estos países no entraron sin pena ni resistencia bajo el dominio del nuevo señor. El condestable Roberto de Fienes, por ejemplo, cuyo feudo patrimonial formaba parte del condado de Guines, se negó á reconocerse vasallo del rey de Inglaterra; en 4 de diciembre de 1362 aún no había cedido. Un capitán de marina de Abbeville, Ringois, que se negó igualmente á prometer fidelidad á Eduardo, fué encerrado en Douvres, y como á pesar de los malos tratamientos persistiera en su negativa, fué arrojado al mar.

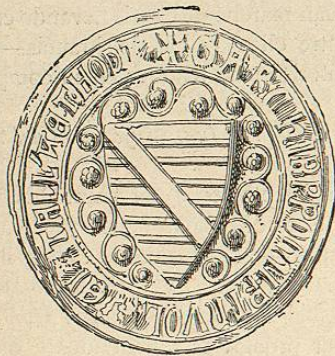
La operación fué muy laboriosa al Sur del Loira. En 1.º de julio de 1361, Eduardo III envió al rey de Francia unos comisarios entre los cuales estaba Juan Chan-

(1) FUENTES.—*Ordonnances des rois de France*, III, 1732. Bardonnet, *Procès-verbal de délivrance à Jean Chandos des places françaises abandonnées au traité de Brétigni*, 1867.

OBRAS DE CONSULTA.—Dessales, *La rançon du roi Jean* (Introducción), 1850. Vuitry, *Études sur le régime financier de la France* (nouvelle série), II, 1883. Rouquette, *Le Rouergue sous les Anglais*, 1887. Moisant, *Le Prince Noir en Aquitaine*, 1894. Denifle, *La guerre de Cent Ans et la désolation des églises de France*, I, 1899.



dos; debían desde luego obtener los títulos necesarios para la toma de posesión de las provincias cedidas. En París no encontraron al rey; fueron á buscarle á Melún, pero cuando llegaron allí, Juan ya había marchado. Era un sábado; desde la abadía de Barbeau, donde se había detenido, el rey les hizo saber «que se haría sangrar el lunes, y se refocilaría sin hacer nada;» sin embargo, recibiría á Chandos por la tarde, pero «de modo enteramente privado.» A la mañana siguiente Chandos recibía aviso en contrario; el rey, para evitarle la fatiga, «los malos alojamientos y comidas,» le rogaba que volviera á París, asegurando que el miércoles siguiente estaría en el bosque de Vincennes. Allí estuvo, en efecto, el miércoles 11 de agosto, y prometió, des-



Sello del señor de Parthenay

pués de algunas evasivas, las letras de entrega que Chandos tuvo que aguardar hasta 21 de agosto.

Llegado á Tours, Chandos buscó al mariscal Boucicaut, el principal comisario francés designado para proceder á la entrega de los territorios: no lo encontró ni allí, ni en Saumur, ni en Châtellerault. Boucicaut le avisó que había sido llamado por el rey á París, con más prisa que nunca (*plus en hâte que onques mais*); los comisarios ingleses tuvieron que esperar tranquilamente en Châtellerault hasta el 21 de septiembre. Luis de Harcourt, otro comisario francés, se encontraba allí, pero no quería hacer nada sin Boucicaut. Este, habiendo llegado por fin, pretextó una enfermedad y pidió que se aguardara la venida del duque de Berri. Esta vez Chandos dijo que «estas cosas le parecían muy extrañas,» se quejó de que se le hacía perder tanto tiempo en la ociosidad, y declaró que quería empezar en seguida por la toma de posesión de Poitiers. Boucicaut consintió por fin en acompañarle á dicha ciudad.

Delante de Poitiers, el 22 de septiembre, en la puerta de Saint-Ladre, los comisarios franceses leyeron letras de entrega del rey Juan; los comisarios ingleses dieron á conocer sus poderes y requirieron la ocupación y posesión de la ciudad y del castillo. Boucicaut pidió las llaves de la ciudad al alcalde, quien exigió, antes de entregarlas, que se confirmasen las libertades y privilegios de la ciudad; Chandos prometió que se confirmarían. Entonces «el alcalde tomó las llaves de la ciudad en su mano y las entregó en manos del mariscal, el cual mariscal las tomó en nombre del rey de Francia y las entregó en manos de monseñor Juan Chandos, en representación del rey de Inglaterra.» Las mismas formalidades se hicieron después en Lusignán, Saint-Maixent, Niort, Fontenai-le-Comte, Saint Jean d'Angeli, Saintes,

Cognac, Angulema, Ruffec, Parthenay, Thouars, Limoges, Périgueux, etc.

En los primeros días de enero de 1362, los comisarios llegaron al Querci. Allí aumentaron las dificultades. Las villas de Cahors, Figeac, Moissac se habían ligado con promesa de obrar de conformidad. 1362 Chandos esperó cinco días en Gordón la decisión en común de dichas villas, que fué la de someterse. En 9 de enero hubo en Cahors una escena muy conmovedora: los habitantes lloraban, se lamentaban y se negaban á recibir á los ingleses, que les habían hecho mucho daño; fué preciso una orden amenazadora del mariscal Boucicaut para decidirlos. Pero pidieron á Chandos la confirmación de sus privilegios, el castigo de los que les habían saqueado durante la guerra, las indemnizaciones por las pérdidas que habían sufrido, y Chandos respondió sin comprometerse. Pretendían también no prestar servicio militar fuera del Querci, ni contra el rey de Francia, en cualquier caso que fuese; querían que todo envío de capitán ó de hombres de armas á Cahors fuese autorizado por el consejo de la villa; pero Chandos se negó á conceder nada acerca de estos puntos. Sin embargo, se abrió la villa á los ingleses.

En febrero del año 1361 llegó el turno á Rouergue. Los ingleses eran aún más temidos en Rouergue que en Querci, porque aún habían hecho más daño. El conde de Rodez era Juan de Armañac, entonces el más enérgico sostenedor de la causa francesa en el Mediodía. Los Estados de Rouergue en tres meses se reunieron tres veces, y no resolvieron someterse hasta después de acaloradas discusiones. Chandos tuvo que aguardar ocho días delante de Villefranche, donde no entró hasta el 8 de febrero. Saint-Rome de Tarn cerró sus puertas. En Millán se hubiera hecho otro tanto si no se hubiera reconocido la imposibilidad de una resistencia seria.

Los vasallos feudales que el tratado transmitía al rey de Inglaterra al Norte y al Sur del Garona opusieron también dificultades. Los condes de Perigord y de Armañac, los vizcondes de Caramán, de Castillón y otros protestaron á su manera, y «se maravillaron mucho de la jurisdicción que el rey de Francia les dejaba,» es decir, de la soberanía á la cual renunciaba sin su reconocimiento. Fué preciso que el príncipe de Gales viniera personalmente á gobernar la Guiena y recorriese todo el país; en ello empleó nueve meses, desde julio de 1363 hasta abril de 1364, y recogió el homenaje de mil cuarenta y siete vasallos laicos y eclesiásticos. Uno de los últimos en someterse fué el poderoso conde de Rodez, Juan de Armañac, á quien el rey de Francia tuvo que eximir formalmente de todo homenaje con respecto á él.

Mientras tanto el rey Juan se veía en los mayores apuros para reunir el dinero de su rescate. No habiendo podido pagar en Calais, en 24 de octubre de 1360, los seiscientos mil escudos del primer plazo, había contraído el compromiso de entregar cien mil escudos el 25 de diciembre y otros tantos el 2 de febrero de 1361; parece que los pagos fueron hechos en los días señalados; pero faltaba satisfacer, durante seis años, seis vencimientos anuales de cuatrocientos mil escudos. Esta fué la más grande preocupación de fines del reinado.

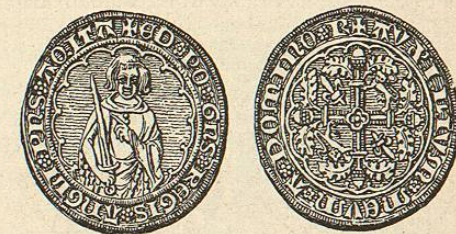
El florentino Mateo Villani cuenta que, para hacer

frente á sus compromisos, el rey de Francia «vendió su carne;» Juan, en efecto, hizo casar, mediante seiscientos mil escudos de oro, á su hija Isabel con Juan Galeas, hijo de Galeas Visconti, señor de Milán. El casamiento, preparado ya, sin duda, por el delfín, fué concertado en abril de 1361 y desde entonces en adelante fueron llegando de Milán varios convoyes de florines de Florencia. Pero el rey Juan se dirigió sobre todo á su reino. En 5 de diciembre de 1360, conforme á la antigua costumbre feudal que preveía la cautividad del señor y el subsidio que se había de pagar para su rescate, ordenó un subsidio general de doce dineros por libra sobre el precio de todas las mercancías vendidas, con más un derecho de un quinto sobre el precio de venta de la sal, y de un treceavo sobre el precio del vino y otras bebidas. Al propio tiempo se establecía una buena moneda y se prometían algunas reformas. El subsidio debía durar tanto tiempo como el pago del rescate. Instrucciones muy precisas organizaron el arrendamiento del impuesto sobre las mercancías, la cobranza, á la entrada de las villas, del treceavo de las bebidas, y los graneros reales para la venta de la sal. Una administración especial quedó encargada de establecer el subsidio en cada diócesis y de percibir su producto; tuvo los mismos cuadros que las comisiones creadas por los Estados generales de 1357 á 1358, pero los cobradores fueron exclusivamente elegidos por el rey y sólo dependían de su autoridad.

Este subsidio no lo pagaron por igual las diversas partes del reino. El derecho del rey en semejante materia era muy vago para permitir una regla común. No se sabe cuánto dieron las provincias que habían de pagar dotación señalada, Maine, Anjou, Berri, Turena, Orleansado. El Delfinado, que dependía del imperio, quedó exceptuado. La Borgoña, el condado de Nevers, el Artois y el condado de Boulogne contribuyeron en muy poca cantidad. La carga del subsidio recayó casi enteramente sobre la Normandía, la Champaña, la Isla de Francia y las senescalías del Langüedoc. Aún así, el tratamiento no fué igual en todos estos países. Las imposiciones no se practicaron en todo su rigor más que en Normandía, Isla de Francia y Champaña. El Langüedoc las reemplazó por sumas fijas, en verdad muy considerables. Así la senescalía de Carasona prometió pagar 74.000 escudos el primer año y 70.000 los cinco siguientes; la de Tolosa ofreció 37.715 escudos los dos primeros años y 50.000 los cuatro últimos. El total, en las senescalías del Langüedoc, debía ascender á cerca de un millón de escudos en oro; y en los convenios que concedieron estas sumas no se trató más que de comunidades urbanas. Los nobles y las gentes de Iglesia se impusieron también, pero con menos generosidad.

Hasta en el país donde se estableció regularmente, fué difícil hacer pagar el subsidio. En 1360 no se cosechó más que muy poco trigo, muy poca fruta y nada de vino. En 1362, como el invierno había sido benigno y húmedo, los árboles frutales florecieron muy pronto y se helaron hacia Pascua; la cosecha de cereales fué mediana, y la de frutas nula. El invierno de 1363-1364 se prolongó hasta fin de marzo; los árboles frutales se helaron también y los rebaños sufrieron mucho. Y en todas partes reinaron epidemias, entre ellas un recrudescimiento de la peste, que empezó con la primavera de

1361, y reapareció en la misma estación en 1362 y en 1363 con igual violencia. En 1361, en Aviñón, murieron diez y siete mil personas desde el 29 de marzo hasta el 25 de julio. En París, las pobres gentes del campo, que iban á refugiarse en la ciudad y mendigar allí su pan, fueron diezmadadas; durante el verano se registraron de setenta á ochenta defunciones diarias en el Hospital. Flandes y Picardía también sufrieron mucho. En 1362, el mal invadió el Poitou, la Borgoña y el Anjou. El año siguiente vuelve á presentarse en París, atacando principalmente á los niños y á los jóvenes; no se veían más que madres y viudas vestidas de luto. Según Juan de Venette, en Argenteuil la población disminuyó desde cerca ocho mil almas (mil setecientos fuegos) á menos de doscientas cincuenta (cincuenta hogares). A



Moneda de oro de Eduardo, duque de Aquitania

estas miserias se añadían los estragos de las bandas armadas, que se quedaron en el reino después de la paz, principalmente en Normandía y en Langüedoc.

Por otra parte, el dinero recaudado no podía dedicarse enteramente al rescate. Los gastos eran grandes para liquidar las costas de la guerra y las de la prisión del rey en Inglaterra, para expulsar á las bandas, reorganizar el gobierno real y reparar las fortificaciones de las ciudades. Sin contar que el rey, cuya frivolidad era incorregible, gastaba á capricho el dinero de su rescate. Las entradas se emplearon así en mil usos diversos, de tal modo que, desde el 25 de octubre de 1360 hasta 12 de febrero de 1364, Juan no entregó mucho más de 400.000 escudos, siendo así que se había comprometido á pagar 1.400.000: quedaba atrasado en un millón.

#### IV.—Las Compañías (1)

Para que realmente hubiera paz en el reino, era también preciso hacer desaparecer las bandas armadas que se llamaban las «Compañías.» Pero ¿se resignarían dichas bandas al licenciamiento, que para ellas significaba la ruina? ¿Entregarían las fortalezas donde se habían establecido y que consideraban como una propiedad adquirida con su trabajo? La paz de Calais obligaba á Eduardo III á hacer devolver á Francia todas las plazas que habían sido ocupadas en su nombre por los jefes de banda. Doce comisarios ingleses bajo la dirección de Tomás Holland, y luego de Juan Chandos, recibieron el encargo de asegurar la ejecución del tratado. No obtuvieron mucho éxito en sus gestiones y las Compañías

(1) OBRAS DE CONSULTA. — Véanse las obras indicadas al principio del capítulo. Además Finot, *Recherches sur les incursions des anglais et des Compagnies en Bourgogne*, 1874. D. Vaissette, *Histoire générale de Langüedoc*, nueva edición, IX, 1885. Labrousse, *Le livre de vie*, 1891. Prou, *Etudes sur les relations politiques d'Urbain V avec les rois de France Jean II et Charles V*, 1888.